

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciona.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fishe, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jérusalem Strasse 48 49.—La correspondencia al Administrador

Entreviu con D. Manuel...

Creyendo la dirección de este periódico de interés para el público, conocer la opinión de algunos personajes políticos sobre los asuntos de actualidad, ha nombrado redactor especial, a nuestro querido amigo don M. N. P., que recientemente ha sido comprado por los caciques previa la firma de una letra y la entrega de un chaquet viejo.

Se propone nuestro redactor confesar políticamente a los que se creen confesar y dar al público la impresión sincera de estas conferencias.

Don M. N. P. nos ha remitido las cuartillas primeras con su título *Entreviu con don Manuel*. No hemos podido averiguar quien es don Manuel, todas nuestras averiguaciones, han sido estériles pero sin duda debe haber un don Manuel, verdaderamente político é inconfundible.—Nota de la redacción.

Serían las 6 ó las 7 de la tarde, cuando, lápiz y cuartillas en ristre, pisaba los umbrales del despacho de nuestro político. Un portero de galeonada libre, capote azul y gafas redondas, salió a mi encuentro cuando, tímidamente, cortemente, empujé la mampara. Al entrar en el ante-despacho, otro hombre con lentes que escribía sobre una mesa llena de papeles, suspende su labor, el de las gafas y el de los lentes me señalan a un reconocimiento inquisitorial que dura unos instantes; luego, tímidamente, me atrevo a preguntar por don Manuel.

Don Manuel no está... pase y espere me dice el cancelero empujando otra mampara; y yo me cuelo en el auxilio del despacho de Napoleón... ¿Porqué llaman Napoleón a este hombre?

Es cosa olvidada de puro sabida, que en toda entrevista se empieza por estudiar el despacho del entrevistado, la fisonomía del despacho estudiada filosóficamente.

Azorizadamente... y claro yo he mirado las paredes, un instante y he visto el retrato de un general ilustre en bética postura, lleno de cruces y de bandos... el retrato tiene la mirada vaga... mira al vacío. Más allá del general otro retrato, un conde con uniforme de ministro, esta imagen rie, rie siempre con un gesto ligeramente irónico. La mesa de trabajo está en un

bello desorden; papeles, libros, notas y asombros... un bloque de pisa-papel, un bloque pequeño de tallada piedra, ligeramente amarillo y lleno de ceniza. Seguramente don Manuel deposita delicadamente las colillas sobre las aristas de la piedra. Y bien mirado donde mejor pueden colocarse las colillas sin que manchen...? Quizá sea esto un símbolo. La biblioteca no tiene entre sus tablas, ningún diccionario enciclopédico... En un rincón hay una pequeña estufa de gas apagada y fría... quizá sea esto otro símbolo.

Al fin la puerta cede y don Manuel entra pausadamente, casi majestuosamente...

Don Manuel usa bufanda, ancho sombrero, gabán largo de grandes bolsillos donde guarda sus manos del frío, me saluda, me invita a sentarme y se sienta, y aunque no del todo por que no acostumbra, se quita despaçosamente la bufanda.

De mis bolsillos pasa a sus manos una carta de don Jota; en ella don Jota me recomienda, me presenta; yo he buscado la influencia del Cacique, pero que sé que si don Jota, don Manuel no da un paso; eso lo sabemos todos.

Don Manuel saca del bolsillo un objeto extraño, un objeto que parece una bereguena laminada; la funda de sus lentes; estos lentes son el arma política más temible de don Manuel. Coloca los lentes horizontalmente en su nariz, mira la carta, sonrío y se la guarda. Yo me quedo dudando si habrá escrito él mismo, el borrador de la carta que traigo para él.

Después de todo esto, don Manuel me ha mirado un momento inmóvil, se ha frotado las manos y me ha dicho: con una familiaridad encantadora. Venga un cigarrillo de esas que usted fuma; se lo entrego, encendemos, en silencio y empiezo mi discurso.

Don Manuel: las circunstancias especiales porque atraviesa la política local hacen que sea interesantísima la opinión de usted para los lectores de El Eco de Cartagena sobre los últimos acontecimientos políticos y más aún. En este momento me interrumpe don Manuel: ¿este tabaco, que usted fuma es de picadura ó de contrabando?—Picadura y barata, respondo ligeramente molesto. Decía, que más aún imprima su opinión sobre la reor-

ganización del partido liberal, problema que, como usted sabe, preocupa hondamente a Canalejas y al Conde. Queridos lectores, en este momento, observo que don Manuel hace una mueca de sorpresa espantosa y yo pienso si habré cometido alguna incorrección política, ó se habrá aparecido el demonio por detrás de mi silla. Me siento asombrado y nervioso y don Manuel, que comprende mi extrañeza me dice: pero hijo mío de mi alma, si yo no sé nada, si yo no me ocupo de nada, si yo no intervengo en la política... Pero es que usted ignora que Napoleón ha muerto?

Yo me he quedado un momento suspeso; uno de esos momentos que preceden a las decisiones extremas, pero intento seguir y sigo; repito con un valor admirable mi segundo discurso y al acabar don Manuel me pregunta si he estado en el cine de los García y un momento después me pregunta si El Eco se publica todavía.

Nuestro cigarro ha terminado; la colilla ha quedado sobre el pisa-papel del símbolo. Yo veo mis ilusiones defraudadas, recojo mis cuartillas y don Manuel saca de nuevo la funda de sus lentes, ya cerca de la puerta; cuando le pido otra vez algo concreto, me dice sonriendo: créame usted, yo no hago ya política, me entretengo solamente en deshacer lo que veo mal hecho. Yo entiendo de esto poco; sin embargo lo copio en mis cuartillas arrugadas.

Al salir recordar que el cancelero de las gafas redondas se sonríe, que el hombre de los lentes rie mientras plumea, y yo salgo convencido de que he pagado mi novatada reporteril.

M. N. P.

Inscripción de la Infanta

Madrid 15-9 m.

Con las formalidades de costumbre, se verificó en Palacio la inscripción de la Infanta en el Registro civil especial que se lleva para la Real Casa.

El acto se celebró en la cámara, a las seis y media, asistiendo el Rey, el señor Canalejas que actuó de Notario mayor del reino, como ministro de Gracia y Justicia; el señor García Prieto, en nombre del Gobierno; el director general de los Registros y otras personalidades. Se han impuesto a la nueva Infanta los nombres de María Cristina, Teresa, Alejandro, Guadalupe y Concepción.

Periódicos denunciados

Madrid 15-9 m.

Telegramas recibidos de Barcelona comunican que han sido denunciados por el Fiscal los números de los periódicos «El Liberal», «El Poble Catalá», «El Diluvio» y «El Progreso».

La denuncia es por injurias al Rey y otros delitos.

Habían de una información que ha publicado el periódico francés «L'Humanité», en la cual se trataba de la supuesta intervención de España contra la república en Portugal.

El Juzgado correspondiente instruye la oportuna sumaria.

Teatro-Circo

En el hermoso coliseo de la calle de Sagasta tuvo lugar anoche la función benéfica organizada por distinguidos jóvenes de esta ciudad a beneficio de los heridos cartageneros en la reciente campaña de Melilla.

El Teatro presentaba un hermoso aspecto y la mayor parte de las localidades estaban ocupadas por elegantes damas.

La comedia de los hermanos Quintero, «Vida íntima», fué interpretada con gran acierto por las señoritas Vidal y Cabrerizo y los jóvenes Riera, Rodríguez, Botella, Saiz (El Pablo), Cuesta, Victoria y Manresa.

Estos mismos tomaron parte en la interpretación de «Los Valientes», que en unión de los señores Victoria y Rizo, representaron admirablemente el sainete de Javier de Burgos.

La laureada banda de música del regimiento de Infantería de Sevilla, cedida galantemente por el Sr. Gobernador militar de esta plaza, amenizó el espectáculo, y en los intermedios cantaron admirablemente varias romanzas la triple comica señorita Vizcaino y el tenor cartagenero señor Morales, los que dado el objeto benéfico de la función, también se prestaron a tomar parte en ella desinteresadamente.

A los muchos aplausos que anoche obtuvieron los jóvenes cartageneros, unimos los nuestros, no solamente por las buenas interpretaciones que dieron a las obras, sino por la fe con que han trabajado por aportar a nuestros paisanos heridos algunos recursos.

EN LA ECONOMICA

Los amplios salones de la Sociedad Económica de Amigos del País fueron ayer insuficientes para contener el numeroso y selecto publico que acudió a oír la primera de las conferencias que ilustres personalidades de Cartagena se han brindado a dar, contribuyendo de ese modo a la obra cultural iniciada y seguida con sin igual entusiasmo por esa cultísima Sociedad, honra de Cartagena.

Representaciones de todas las clases sociales, desde el elemento militar a la clase obrera, desde las más altas representaciones de la banca, la industria y el comercio, a los elementos proletarios, dignamente representados por aquella pléyade de estudiantes que en la Española adquieren amplios conocimientos y destacándose entre todos los asistentes al acto, las bellísimas y jóvenes alumnas de la Económica, que ocupaban el salón de la Secretaría.

A las seis y media de la tarde dió principio el acto ocupando la Presidencia el Director de la Económica Excmo. Sr. D. Francisco Ramos Bascañua, el Excmo. Sr. Gobernador Militar de la Plaza señor Barraquer, el Alcalde Sr. Más, el Director del Hospital Militar señor Ambros, el Teniente Vicario, señor Villanueva, el sub-inspector general de primera enseñanza, señor Torromé, el Excmo. señor don Luis Angosto, los señores Laymón, Martínez Muñoz, Moreno, Lara, Escámez y el conferenciante señor Villante.

El General Ramos Bascañua, Director de la Económica, con fácil palabra y en tono familiar, propio del actor, explicó magistralmente el objeto, finalidad y alcance de las conferencias que se inauguraban y con las que se ejercitaba una de las funciones peculiares de la Sociedad Económica de Amigos del País, fomentando los intereses morales y materiales, haciendo trabajos de vulgarización científica, desarrollando la educación industrial, buscando aplicaciones prácticas a la vida civil, política y social de los pueblos y cultivando la enseñanza popular como factor esencial para cooperar en todos los órdenes a promover y hacer prosperar la riqueza.

Exposó a grandes rasgos la historia de las Económicas, fundamenta-

das en tan sólidos cimientos, que apesar de los años transcurridos y de las vicisitudes por que ha atravesado el país, conservan las mismas formas, se desenvuelven con igual fruto y realizan desde su fundación en 1765 la obra que concibieron sus fundadores y que con tanto cariño y tanto patriotismo han continuado sus sucesores.

Dió cuenta de los trabajos realizados por la Económica en Cartagena, creando nuevas clases, estableciendo la enseñanza femenina, y contribuyendo con estas conferencias a fomentar los intereses morales y materiales del país; doble finalidad que se alcanza con ellas, puesto que conducen, vulgarizando la cultura y la instrucción, a proporcionar elementos de juicio a las masas populares, a las muchedumbres, sustrayéndolas a las influencias perniciosas que pueden utilizarse en beneficio propio y en perjuicio de sus legítimos intereses. La instrucción inspira ideas, lenguaje por cuya virtud se ha de llegar a la inteligencia de elementos opuestos hay en la apariencia (en el fondo coinciden) para llegar a una obra de mutua reconciliación, de concordia. Y la eficacia de los intereses morales se ha de traducir en soluciones, iniciativas, estudios, creación de organismos y sociedades que mejoran los intereses materiales, determinando una armonía indispensable entre todos los elementos sociales y despertando estímulos para llegar a estudiar y realizar obras y empresas que aumenten la riqueza y abriendo centros de trabajo, mejorcen notablemente las condiciones de la vida en Cartagena, aprovechando las riquezas y medios de producción con que la Naturaleza la ha favorecido.

A requerimiento de un periódico local, «La Opinión» se ocupó la Económica de la creación de industrias que diesen a Cartagena esa vida que hoy decae visiblemente en nuestra región y nació la idea de celebrar estas conferencias, que abarcarán todo cuanto en los diferentes órdenes de la actividad humana, pueda servir para fomentar la riqueza y tiendan al bienestar y prosperidad de nuestra tierra.

Dió las gracias a todos los concurrentes, a las clases populares que aceptando la invitación dan la nota de

—Quedáos con vuestra esposa, mientras yo vuelvo a hacerla compañía, será mi ausencia corta; desde que mi buen padre se ausentó, tengo que despacharme mis negocios, y en verdad que esto cansa, sobre todo en una dama.

—Pero no estoy yo aquí y siempre a merced vuestra, Doña Juana?—le dijo Villarrubia con galantería;—vos me ofendeis, señora con no ordenarme cuanto os place, libertad, cuanto gustéis.

—Se trata, pues, de incómodos asuntos,—le dijo Doña Juana.

—Y hacéis tan viejo a mi marido que no pueda servir de la manera que gustéis?—le replicó su amiga.

—Díga me libre de hacerle tal ofensa,—contestó Doña Juana,—pero se trata nada menos de la a Cartagena...

—Hablad una palabra y haré que os salven mi caballo,—le interrumpió el bidalgo.

—Gracias, gracias os doy, amigos míos, pero sería abusar...

—Y yo os retiro mi amistad si desde luego no mandáis que mi marido os sirva a vuestro antojo.

—Pues escuchad, amigos míos, ya que insistís de tal manera, Tengo estos juras que cobrar (y sacó los papeles de su pecho) de la tesorería del rey

—Gracias, señora Doña Juana, yo os firmaré un recibo y así mi amigo quedará servido.

—De ningún modo; vuestra honrada palabra es más que suficiente. Dadme recado de escribir y os firmaré los juras.

—Mientras firmaba Doña Juana, Mateo de Villarrubia y su esposa se miraban gozosos.

El caballero estaba fuertemente impresionado.

Doña Estefanía, que sentía palpar su corazón de una manera extraordinaria, no pudo contenerse y cayendo en los brazos de su amiga, son yoz entrecortada y derramando lágrimas le dijo:

—Ah, por salváis, querida amiga Doña Juana! No podéis figuraros el bien que hacéis a una familia honrada que se encontraba en el borde del abismo, nos libráis de la afrenta... ¡Dios os bendiga!

—Pero, ¿qué estáis diciendo?—preguntó Doña Juana manifestando una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Señora mía,—le dijo Villarrubia con profunda emoción y besando la mano de la dama,—ha dicho bien mi esposa; nos salváis el honor, salváis también mi vida por que estaba resuelto a suicidarme.

—Pero, ¿estáis loco? no os comprendo. ¿Qué

lo hicieron de otro modo; reveló el desaliento de sus miradas.

—¿Queréis aprovechar lo que resta de este?—le preguntó Mateo de Villarrubia con ansiedad mal disimulada.

—¿Como queréis que una señora...? Cuando venga mi padre...

—Es que podéis contar conmigo,—volvió a decirle Villarrubia.

—De ningún modo, amigo mío; sería abusar de la amistad. Por otra parte; mi padre y yo tenemos convenido obrar este verano.

Otra nueva mirada de esperanza se cruzó entre los dos jóvenes.

—Será una lástima en verdad,—le dijo Villarrubia,—que ese dinero no gane a crédito. Yo tengo un buen amigo que se daría por muy servido...

Y al decir esto, el buen Mateo, le temblaba la voz...

—Si me respondéis de él,—le dijo Doña Juana.

—Desde luego, señora. Por lo demás, os pagaré a crédito...

—Es inútil, mediando vos en ello; señor Mateo de Villarrubia...